

Qué significa el feminismo para mí*

Vivian Gornick

The Village Voice me había mandado a investigar a "esas mujeres de la liberación". Era el mes de noviembre de 1970. "¿Qué es eso?", le pregunté a mi editor. Una semana más tarde ya me había convertido.

En los primeros tres días conocí a Ti-Grace Atkinson, Kate Millet, Shulamith Firestone; en los siguientes tres a Phyllis Chesler, Ellen Willis, Alix Kates Shulman. Todas hablaban al mismo tiempo y yo escuché todas las palabras que cada una dijo. O, más bien, lo que pasó es que escuché a todas decir la misma cosa, porque terminé esa semana con un solo pensamiento. Era este: la idea de que los hombres por naturaleza se toman en serio sus mentes y las mujeres por naturaleza no lo hacen, es una creencia no una realidad; le sirve a la cultura y de ella se siguen nuestras vidas. Es simple, realmente. Y seguro que ya se había dicho. ¿Cómo es que parecía que nunca lo había oído antes? ¿Y por qué estaba escuchándolo ahora?

El hecho de estar en disposición para ahora sí escuchar sigue siendo uno de los grandes misterios de la vida —tanto en política como en el amor—: ese momento en que todos los elementos se fusionan y se provoca un cambio interior. Si una es la que responde a ese momento, no se puede nunca realmente explicar, sólo puede describirse la sensación.

Siempre había sabido que la vida no era sólo apetito y adquisición. A mi manera, intensa, enojada y con un estilo de niña buena, yo buscaba "el significado". Era importante trabajar en algo que importara (es decir, un trabajo de la mente o el espíritu) y amar a un hombre que fuera un compañero apropiado. Estos, lo sabía, eran requisitos que iban juntos: entretejidos, inimaginables uno sin el otro. Sin embargo, me convertí en una habladora compulsiva que no soportaba la soledad durante el tiempo

* Este texto forma parte del libro de Vivian Gornick *Approaching Eye Level*, 1996.

suficiente para estudiar. No aprendí a imponerme un pensamiento continuo. Leía novelas, soñaba despierta con una vida importante, fantaseando con chicos. Aunque moralizaba sin parar sobre la seriedad, parecía que sólo podía ir detrás del hombre, no del trabajo. Esto, sin embargo —y aquí llegamos a algo crucial— yo no lo sabía. No sabía que podía entrarle al amor, pero no podía entrarle al trabajo. Siempre estaba pensando: cuando las cosas estén bien, voy a trabajar. Nunca pensaba: ¿cómo puedo seguir obsesionándome con tal o cual chico aunque las cosas no marchan bien?

Más o menos a los 25 años me enamoré de un artista y me casé con él. Estaba lista. Tenía un escritorio para sentarme ante él, un compañero que me alentaría, suficiente dinero y tiempo. *Ahora* trabajaría. Equivocada otra vez. Diez años después daba vueltas por Nueva York, una "chica" divorciada de 35 años con un estilo agresivo que había escrito un par de artículos. Bajo mi bravuconería la confusión era profunda, la carencia de objetivos grave. ¿Cómo llegué aquí? mi cabeza latía con fuerza todos los días, y ¿cómo salgo? Preguntas para las que no tenía respuestas hasta que escuché a las mujeres de la liberación. Me pareció que entonces veía las cosas con claridad. Tenía la edad suficiente, estaba lo suficientemente aburrada, bastante agotada y dolida. La incapacidad de toda una vida para tomarse seriamente como una mujer que trabaja: *este* era el dilema central de la existencia de una mujer.

Como Arthur Koestler cuando entendió el marxismo por primera vez, fue como si rayos de luz y música tronaran en el tope de mi cráneo. ¡La exaltación que sentí cuando tuve el análisis! Me despertaba con él, bailaba a lo largo del día con él, me quedaba dormida sonriendo con él. Me volví impermeable: los dardos y flechas de la fortuna cotidiana no me hacían mella. Si me aferraba a lo que el feminismo me había permitido ver, muy pronto me tendría a mí misma. Una vez que me tuviera a mí misma, lo tendría todo. La vida era buena en ese entonces. Podía comprender con profundidad, y estaba acompañada. Estaba parada en medio de mi propia experiencia, dando y dando vueltas. Hacia dondequiera que mirara veía un cuarto lleno de mujeres, también dando y dando vueltas.

Es un momento de plenitud, cuando una cantidad lo suficientemente grande de gente se ve estimulada por una explicación social sobre la manera en que se han formado sus vidas y está reunida en el mismo lugar al mismo tiempo, hablando el mismo idioma, haciendo el mismo análisis, encontrándose una y otra vez en los restaurantes, salas de conferencias y departamentos de Nueva York por el placer de elaborar esa comprensión

y repetir el análisis. Es la plenitud de la política revolucionaria, y era nuestra. Ser feminista a principios de los años setenta: era el éxtasis estar viva durante ese amanecer. Ningún te-amor en el mundo podía tocarlo. No había otro lugar en donde estar, excepto una con otra. Todas vivíamos en ese entonces cobijadas por el abrazo amplio del feminismo. Yo pensaba que pasaría ahí el resto de mi vida.

Con la exaltación iba de la mano la convicción que velozmente había adquirido de que el trabajo era ahora algo sin lo que no podía estar. Amar a un hombre, me prometí, nunca más sería prioritario. Tal vez, de hecho, amor y trabajo eran incompatibles. El amor-como-siempre-lo-conocí era algo de lo que tal vez ahora debería prescindir. Encaré esta idea de manera despreocupada, como si fuera la cosa más fácil de lograr en esta vida. Después de todo, siempre había sido una belicosa inquieta, una de esas mujeres que siempre se quejan de que los hombres tienen miedo "de una mujer como yo". No sabía en absoluto como flirtear, era un alivio ya no tener que hacerlo. Si el amor entre iguales era imposible —y parecía que probablemente lo era— ¿quién lo necesitaba? Me acomodé muy cerca de mi corazón recientemente endurecido. La emoción y el entusiasmo de la realidad feminista me hicieron sentirme contenta de haber renunciado al sentimentalismo, de sentir placer de andar con los pies sobre la tierra. Lo único importante, me decía a mí misma, era el trabajo. Si trabajaba, tendría lo que necesitaba. Sería una persona en el mundo. ¿Qué podría importar, entonces, que renunciara al "amor"?

Resultó que sí importaba. Mucho más de lo que nunca soñé que importaría. Sí, ya no podía vivir con un hombre en las antiguas condiciones. Sí, no podía aceptar nada menos que un cariño adulto. Sí, si eso significaba tener que vivir sin ello, estaba preparada para vivir sin ello. Pero era imposible desechar la idea del amor, si no su realidad. A medida que pasaron los años, me di cuenta de que el amor romántico estaba inyectado como tinte en el sistema nervioso de mis emociones, enrollado a través de todo el tejido de deseos, fantasías y sentimientos. Rondaba a la psique, dolía en los huesos; tan profundamente incrustado en la constitución del espíritu que lastimaba los ojos mirar directamente hacia su influencia. Sería causa de dolor y conflicto para el resto de mi vida. Quiero a mi corazón endurecido —lo he querido todos estos años—, pero la pérdida del amor romántico todavía puede desgarrarlo.

Estaba siempre ahí, amenazante, esta escisión dentro de mí, y sin embargo nunca hablé de ella. Nunca hablaba de ella porque no necesitaba hablar. No necesitaba hablar porque era tolerable. Era tolerable porque había hecho

un gran descubrimiento. El descubrimiento era mi ingrediente secreto, lo que hacía que mi pastel quedara perfecto todas las mañanas: mientras tuviera un cuarto lleno de feministas adonde recalar, estaría acompañada toda mi vida. Nunca estaría sola otra vez. Las feministas eran mi espada y mi escudo: mi consuelo, mi alivio, mi entusiasmo. Si tenía a las feministas tendría una comunidad; podría vivir sin el amor romántico. Y tenía razón, podía.

Y entonces sucedió lo impensable. Lentamente, alrededor de 1980, la solidaridad feminista comenzó a desarmarse. Puesto que el mundo no había cambiado en una medida suficiente que reflejara nuestros esfuerzos, eso que había separado a todas las mujeres antes comenzó a reafirmarse ahora en nosotras. El sentido de vinculación comenzó a erosionarse. Cada vez más parecía que teníamos menos y menos cosas que decirnos unas a las otras. Las personalidades comenzaron a enervar, las conversaciones a aburrir, las ideas a repetirse. Las reuniones se volvieron tediosas, las fiestas menos atractivas.

Al principio, el cambio de ambiente entre nosotras era sólo una tenue sospecha (¡la camaradería feminista parecía haber sido tan sólida!), pero poco a poco se convirtió en una triste convicción y más tarde en una realidad innegable. Un día me desperté para darme cuenta de que el entusiasmo, la añoranza, la anticipación de la comunidad se había acabado. Como en el amor romántico, la discrepancia entre deseo y realidad era demasiado grande como para superarla.

Caí en una depresión dolorosa. La soledad existencial roía mi corazón, mi corazón bellamente endurecido. Me atrapó el miedo a la soledad eterna.

Trabaja, me dije. Trabaja duro.

Pero yo no puedo trabajar duro, me contesté. Apenas he aprendido como trabajar de manera constante, no puedo en absoluto trabajar duro.

Trata, respondí. Y trata otra vez. Es todo lo que tienes.

Recordé el primer destello de inspiración feminista. Unos años antes, el feminismo me había hecho ver el valor del trabajo; ahora me hacía verlo otra vez con nuevos ojos. Comenzó a darse una segunda conversión, una en la que el conocimiento se hace más profundo. Entendí que iba a tener que enfrentarme sola justo a la cuestión para la que mi actividad política me había estado preparando. Vi lo que las feministas visionarias habían visto durante doscientos años: que el poder sobre la propia vida llega solamente a través del dominio continuo sobre el propio pensamiento.

Un sentimiento que se expresa con bastante facilidad, una tarea que toma toda la vida hacer realidad.

Me senté en mi escritorio, como si fuera la primera vez, para enseñarme a quedarme con mis pensamientos: para ordenarlos, extenderlos, hacer que me sirvieran. Fracasé.

Al día siguiente, me senté otra vez. Nuevamente, fracasé.

Tres días después, me arrastré al escritorio otra vez y volví a salir derrotada. Pero al día siguiente, se aclaró la neblina que me taponeaba la cabeza: solucioné un sencillo problema de redacción, uno que había parecido ser inextricable, y desapareció una piedra que apretaba mi pecho. Respiré con mayor fluidez. Todo tenía un aroma agradable, el café fuerte, el día que invitaba a vivirlo.

La retórica del fervor religioso comenzó a evaporarse, para ser reemplazada por el dolor tranquilizante del diario esfuerzo. No podía seguir repitiendo "el trabajo lo es todo" como un mantra, cuando era claro que no era todo. Pero sentarme a hacerlo todos los días, se convirtió en un acto de iluminación. Las palabras de Chéjov me miraban: "Los demás me hicieron un esclavo pero yo debo exprimir al esclavo fuera de mí, gota a gota". Estaban en la pared frente a mi escritorio desde que las colgué ahí a principios de los setenta, y las había estado mirando sin verlas durante más de diez años. Ahora, las volví a leer otra vez: realmente leerlas. No era el "trabajo" lo que me salvaría, era el triste esfuerzo diario.

El esfuerzo diario se convirtió en una especie de conexión para mí. El sentido de conexión se estaba fortaleciendo. La fuerza comenzó a hacerme sentir independiente. La independencia me permitía pensar. Cuando pensaba estaba menos sola. Me tenía a mí misma como compañía. Me tenía a mí misma, punto. Sentía el poder de una sabiduría renovada. Desde los griegos hasta Chéjov hasta Elizabeth Cady Stanton: todo el que se había tomado la molestia de investigar la naturaleza de la soledad humana había visto que lo único que rompe con la soledad del yo es la mente atareada.

Una verdad difícil para verla de frente. Muy dura. Y por eso es que añoramos el amor, y la comunidad. Ambas cosas loables para desear, pero no para añorar. La añoranza te mata. La añoranza te vuelve sentimental. La sentimentalidad hace que una idealice. La belleza del feminismo, para mí, era que me había hecho valorar la verdad difícil sobre el idilio. Y todavía andaba detrás de la verdad dura.

Todo lo que he escrito: lo he perdido de vista muchas veces, incontables. La ansiedad, el aburrimiento, la depresión: me abruma, me bloquean, "olvido". La esclavitud del alma es una especie de amnesia: no puedes

agarrarte de lo que sabes; si no te agarras de lo que sabes, no puedes absorber tu propia experiencia; si no absorbes tu experiencia no hay cambio. Sin cambio, la conexión dentro de una misma se muere. Puesto que eso es insostenible, la vida es un estar "recordando" sin fin lo que ya sé.

¿Así que dónde me deja eso? En una lucha perpetua.

He sobrevivido la pérdida de tres idilios: la idea del amor, la idea de comunidad, la idea del trabajo. En cada pérdida me he dado cuenta de que vuelvo a esos momentos de revelación en noviembre de 1970. El primer feminismo sigue siendo, para mí, un destello vital de inspiración clarificadora. Me redime de la autocompasión, me concede el obsequio incomparable de querer ver las cosas como son.

Todavía lucho con el amor: lucho para amar tanto mi duro corazón como a otro ser humano al mismo tiempo; y con el trabajo: el esfuerzo diario sigue siendo atroz. Pero cuando hago el esfuerzo estoy resistiendo el idilio. Cuando resisto el idilio —veo de frente y sin vacilar toda la dura verdad que puedo absorber— tengo más de mí misma. El feminismo vive en mí ●

Traducción: Cecilia Olivares